

Título: Barcelona, encrucijada para la paz
Autor: Nuria Chinchilla
LA VANGUARDIA
2002

Nuestra ciudad ha sido, una vez más, punto de encuentro de distintos pueblos, ideologías y culturas. Desde que en 1519 se reunieran aquí los príncipes cristianos europeos para establecer unas bases de convivencia y entendimiento, las ideologías han dado mil vueltas y hemos sufrido el zarpazo de la guerra en distintas ocasiones. También hoy los gobernantes se preocupan por los mismos temas: la paz, los valores, la convivencia. Esto es algo que se ha podido comprobar en la Convención de Cristianos por Europa, donde se han reunido políticos y ciudadanos de las más diversas profesiones y nacionalidades a fin de redactar el Manifiesto de Barcelona.

No estábamos ante un foro de reivindicación política de lo confesional, no se trataba de buscar de nuevo maridaje entre la Iglesia y el Estado, sino más bien, como dijo Jordi Pujol, de reaccionar ante una tendencia generalizada de silenciar lo evidente, porque no podemos negar aquello que somos: nuestra cultura, el arte y las diversas manifestaciones del quehacer humano tienen en esta Europa nuestra un indudable sabor cristiano. Hemos pasado de la más ferviente confesionalidad al mutismo más incomprensible, cuando las estadísticas dicen que el 90,5% de los europeos son cristianos.

Ante este panorama es lógico que en nuestra Carta Magna quede de manifiesto no sólo la pluralidad,

sino también una mención explícita a la trascendencia de los que creemos. Aconfesionalidad de los estados miembros, por supuesto, pero Dios no puede estar totalmente ausente del nuevo tratado constitucional mientras se citan los valores morales e intelectuales que han contribuido al desarrollo de una civilización más eficaz, más justa, con más libertad y respeto por los derechos humanos y medioambientales.

Ser cristiano es más bien la imitación de un modelo de vida humana abierta a la trascendencia y no la defensa corporativa de una única opción política. Consecuentemente, el amor a la libertad da consecuencia de esa vivencia de lo trascendente, permite dar respuestas éticas y coherentes, no sólo a los temas controvertidos, sino también a los más cotidianos desde el respeto, la pluralidad, la convivencia y la solidaridad.